

Extravíos

Chau. Carlos, me estampó un beso en la frente, mientras yo dejaba la pila de tazas en la pileta. Estoy apurado, dijo, tomate el tren. Cuando terminé de vestirme, junté lo que necesitaba llevar y salí, metiendo una pila de papeles y la agenda dentro del maletín.

A poco de cerrar con llave y caminar unos metros, advertí que algo me seguía por detrás. Al girar, vi que un perro blanco y negro trotaba detrás de mí. Cuando crucé, se ubicó igual que antes. Así caminamos unas cuadras. El animal tenía collar y se lo veía bien cuidado. Miré si había alguien con una correa en la mano, o en actitud de pasear un perro. Cada tanto me daba vuelta ya que el ruido de mis tacos tapaba el de sus patas. Cuando me detenía para decirle que se fuera él se sentaba y me miraba.

Miré en todas direcciones, decidida a encontrar al dueño de ese animal que a lo mejor habría entrado en un negocio sin advertir que el perro seguía su marcha.

A quien viera la escena, le resultaría natural que un perro siga a su dueña, pero le extrañaría que además del tapado y los zapatos de taco, llevara cartera y maletín, sumado a que mi paso no era despreocupado, como cuando se pasea un perro, sino nervioso y rápido porque no quería perder el tren.

Salvo porque caminaba pegado a mí, nada hacía suponer mi relación con ese animal.

Así llegamos a la estación. Mientras esperaba con el perro sentado a mi lado, como un lazarillo, le pedía, casi rogándole, que se fuera, mientras hacía gestos con manos y pies para espantarlo.

La gente pensaría que era ciega, pero no, porque el perro estaba suelto y además los ciegos no ahuyentan a sus perros.

Un perro blanco y negro.

El corto

Escuchame, tengo una idea buenísima. Es un poco loca, pero yo creo que a esta altura ya hay público para estas cosas, porque tampoco podemos hacer cortos obvios, eso es menospreciar a los espectadores. Siempre discutimos por lo mismo: vos querés cosas que vendan, yo voy por el arte. Está bien, puede ser que al final de los diez mil, treinta mil tipos que nos vean, ponele, sólo comprendan el mensaje unos dos o tres. ¿Y? Qué más da, lo importante es que esos dos o tres se lo merecen, se merecen que nos juguemos con algo menos convencional, más enrevesado, puede ser, pero también más profundo. Me gusta dejar al público pensando, aunque ese público sea ínfimo en cantidad. No estoy de acuerdo con ir siempre a lo seguro, no estoy de acuerdo con dar las cosas “masticadas”. Ya estamos grandes, y los que nos siguen también... y suponete que no, que ellos quieran más de lo mismo, pues bien, no tenemos por qué darles el gusto. Ayudémoslos a pensar, a crecer, a comprometerse un poco más con la realidad. ¿Que tal vez sufran? Sí, puede ser, pero escuchame: sufrir es la única manera de crecer, ¿no? Sin sufrimiento no hay alegrías... Porque ¿qué es el ying sin el yang? Qué buena metáfora: qué es el ying sin el yang...

2

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

Un perro blanco y negro.

El maldecir

Suena el teléfono justo en el momento en que Shim se encuentra pensando que los teléfonos suenan, y que en cambio las llaves no cierran ni abren, o no debería decirse así si uno quiere expresarse bien. Que tal vez esté bien decir que el lavarropas lava o anda -bien o mal-, pero no que la máquina escribe. Y que, en rigor de verdad, el bien decir no es lo opuesto al maldecir; ni siquiera van en el mismo sentido. Algunas formas le hacen ruido. Casi no llega a atender.

Es un amigo. Necesita pedirle que le cuide la casa por unos días en los que se va de viaje. Shim acepta. Una de las cosas que lo perturba excitándolo, lo eyecta y lo cautiva, que le da y no le da ganas de, es entrar a un lugar conocido cuando no está el dueño. Le permite abstenerse de revisar lo que no es suyo. Es necesario poseer un espíritu pantanoso para tomar una jarra de la alacena, llenarla de agua y regar las plantas de otro, sin intentar siquiera reacomodar la pila de cacharros desordenados alrededor. Por el contrario, empuja alguna hasta ubicarla en la posición que tendría que haber tenido antes de verla. Odia la idea de confianza, lo complica.

Regresa molesto a su casa, siente algún ahogo, le vuelve un antiguo dolor. Cree poder descifrarlo algún día. O sacárselo de encima sin miramientos. Está por abrir la puerta cuando advierte que ya está abierta, sin llave. Aunque siempre esté todo revuelto y muchas veces siente que le faltan cosas, nota que todo está revuelto, que le faltan algunas cosas y que Octubre no está.

-La mismísima reverendísima mierda- grita entre dientes, desesperado, encarando la salida. Sabe hacia dónde quiere ir y sin embargo no puede corregir la carrera que lo dirige hacia la casa de su vecina, Sofía, la que vive en el fondo. Nada menos deseado en este momento que encontrarse con esa vieja turbia.

Sofía es viejita, no vieja. Y no es turbia, es transparente, pero de una gracia oscura. Murmura un árabe adormilado mientras teje crochet y escucha una exclusiva frecuencia de radio. Un conjunto de olores picantes arden y explotan en el aire. Ella lo estaba esperando.

Nora MARTÍNEZ

Mom

Cuando apenas empezaba yo la vida y tan solo doblé el tiempo de nacer, cruzaste, muda y rápida, a un lugar del que nunca pude ni siquiera decirme el nombre. Escondida, agazapada en el rincón de una memoria inexistente, viviste mucho, mucho tiempo hasta que algo te trajo a mí de nuevo.

Pero esta vez fue de otro modo, en forma de palabra, de relato, de lengua muerta que exigía letra viva. No pude conjugarte en modo imperativo; tan sólo tiento a veces un pretérito perfecto. Pronombre que vacila, que no tiene referente, se multiplica en infinitos signos, en busca de un anclaje, a la deriva.

Y aunque estás a la mitad de mi nombre completando lo incompleto, es cierto que te olvido. No puedo ni escribirte, ¿ves? Porque es mentira eso del tiempo recobrado. Y en la palabra que es esquiva está presente ese fantasma que sos y se me escurre para siempre entre las teclas.

Ahora sí, no hay más que esto, que sin embargo a veces es tan todo. Cuatro letras: ARMA MARA AMAR MAMA.

Vanesa PAFUNDO

Cuentos seniles: la Guardabarrera

Un caballero no tiene memoria, se decía en mi época a propósito del pasado de las damas que tenían que ver con uno. Vino Ernesto, en su momento, a pedir referencias sobre Beba justo después que viniera Beba, casualmente muerta de miedo, a avisar que Ernesto andaba haciendo sus averiguaciones antes de preguntarle para ir al cine. Entonces uno lustraba su mejor sonrisa, miraba a la piba a los ojos, le hacía la misma seña con la mano del que manda al almacén a hacer un mandado o a comprar cigarrillos, decía primero “andá tranquila, piba” e inmediatamente disparaba la frase: un caballero no tiene memoria.

En la sala de espera de la obra social hay un televisor encendido que, se

supone, ameniza el rato que uno pierde mientras las empleadas toman el té o los médicos se distraen con sus secretarias. Así fue como me enteré de que existen programas consagrados a conversar sobre las intimidades de los famosos. Aquello que en mi barrio estaba reservado para la persona más despreciable, la chismosa de barrio, ahora se hacía en la televisión. Señores de traje y señoritas bien vestidas se dedicaban, y seguramente cobraban un salario por ello, a ventilar la vida privada de los demás. Esa actividad execrable hace algunos años, hoy resulta, por lo visto, de lo más lucrativa.

Y eso no es todo. En la emisión que me tocó ver, uno de los conductores se dirigía a la teleaudiencia y le decía a alguien en

especial, vaya a saber quién y por qué: “vos no tenés códigos”. Claro que yo pensé enseguida “¿vos hablás de códigos, y te dedicás a chusmear como una vieja por la televisión?”

Me resultó indignante. Es como si yo anduviera por ahí como un estómago resfriado repartiéndole a los cuatro vientos que Beba antes de salir con Ernesto tenía una fama bien ganada en el barrio, y no solamente en mi barrio, que cuando los padres se mudaron para acá ya nos había llegado el dato desde San Telmo sobre ese bomboncito que no por nada se trajo el mote de La Guardabarrera.

Roberto GÁRRIZ

Año III - Agosto 2009 - Número 37
Muestra gratis

web: www.odradek.com.ar
blog: www.odradek-odradek.blogspot.com
correo: domiciliodesconocido@odradek.com.ar

- Bueno, ¿cómo te llamas?
- Odradek- dice él.
- ¿Y dónde vives?
- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

La señora Dalí (tercera parte)

La carne mechada del vacío al horno con papas no era algo habitual, pero fue recibida con gusto por los obreros de la construcción que seguían con sus indirectas sobre la ausencia del hombre que conocían desde siempre. Por eso la señora Dalí, como quien se prepara a disertar, golpeó sus manos hasta que logró el silencio en el local del Oriente. Entonces habló para decir que su hombre estaba en Paraguay, que fue requerido por sus parientes para resolver un problema y que no tenía la fecha de su regreso.

Los obreros de la construcción comentaron entre ellos que era seguro que el “paragua” se había ido atrás de alguna compatriota conocida en la Costanera Sur, por decir algo. O en un baile. O en la calle. Comían excitados en el momento en la que la señora Dalí dijo, como quien avisa que está en plena actuación: “Aunque no vuelva, siempre estará entre nosotros”. Alguien dijo, sin identificarse, que no le iba a faltar compañía.

Se acabaron las risas, la escena se inmovilizó, cuando los frenos del patrullero anunciaron que harían algo espectacular. Dos uniformados entraron y, sin mediar palabra, fueron hasta la señora Dalí y procedieron, según el acta, a trasladarla en el patrullero hasta la comisaría 16.

Los obreros de la construcción se fueron sin pagar, el Oriente quedó con sus puertas abiertas. Al día siguiente se supo por un periódico que el torso fue entregado por los del camión de basura en una dependencia policial. Y que se encontró la cabeza en una olla. Y en cuanto al brazo congelado, la señora Dalí declaró que pensó en hacerlo embalsamar para tenerlo siempre con ella, como el Generalísimo Franco tenía el brazo impoluto de Santa Teresa.

La princesa de Beirut, mariposa de alas negras, por el corazón frío de su drama íntimo, no fue una buena consejera. Pensó, en su realeza tan lejos de la realidad, que el torso podría confundirse con uno de cerdo o de perro, sin entender la sagacidad de nuestros empleados municipales que no son como los siervos de su castillo. Un descuido que no se explica porque es inexplicable.

“Estrellita del Sur” le llamaba su hombre a la señora Dalí, sin saber que estaba junto a una leyenda oriental. “A tu lado estaré”, le decía; sin saber que era ella quien lo decidía.

Le gustaba dar de comer -dijo una vecina- y de tanto dar quiso quitar.

En Beirut las calles tenían un color especial; la gente andaba descalza; los perros destrozaban a los niños cuando las madres conversaban en la feria.

Cruzar en la noche, arropada entre los hermanos, con los pasos de su padre que se adelanta para llevarlos hasta el puerto, hasta el mar, hasta otro continente, donde en una lengua extraña reconoció la palabra albóndiga. Después lo supo, era una palabra de su lengua fonetizada de otra manera.

Aquí recibió -le dijo a la policía- una carta inesperada de la princesa de Beirut que le notificaba que no era hija de sus padres, que había sido raptada, que su familia aristocrática la rescataría un día. Le hablaba de una ciudad que le parecía recordar, del marido que la señora Dalí tuvo en su juventud.

(continuará)

Germán GARCÍA